

Mito y verdad en Nietzsche

Mariana Herrera Echegoyen

Para Nietzsche el hombre es fundamentalmente un creador de valores. El presente trabajo desarrollará la manera mediante la cual esta creación accede a la realidad para otorgarle sentido. El criterio de supremacía de una valoración sobre otra está basado en la capacidad de ésta de mostrar el trasfondo de las cosas y de proponer un sentido que no atente contra la vida.

Basándonos en estas ideas fundamentales de Nietzsche, intentaremos mostrar que el *mito*, que expresa una valoración estética del mundo, aparece aquí como el develador más auténtico de la realidad profunda y su trasfondo, y veremos también cómo esta valoración estética da origen a su Metafísica de artista.

Básicamente abordaremos *El Nacimiento de la Tragedia*.

El punto de partida de Nietzsche es el sufrimiento humano. El sufrimiento forma parte inevitable de nuestra existencia, pero el sufrimiento mismo no es lo que destruye al hombre, sino *su sin sentido radical*. Es así cómo a lo largo del tiempo histórico el hombre ha intentado darle un sentido al dolor y ha sido este sentido lo que lo ha atado a la vida.

Nietzsche inicia entonces su análisis con sus ideas sobre los griegos, núcleo de este libro. Ve al mundo griego dividido en dos grandes períodos: el *trágico*, correspondiente al mundo presocrático, que expresa una visión y comprensión *estética* del mundo, que es la que él comparte, y un segundo período: el *socrático*, que está en contraposición a éste y que corresponde a una visión científica y a una comprensión *teorética* del mundo.

Sostiene a su vez que existe una dialéctica dentro del tiempo histórico que lleva de la una a la otra.

Contrapone, pues, "arte" y "ciencia"; opone a la visión científica y racional de mundo la visión artística.

Esta división tiene su origen en una inversión de la relación de los griegos con el *dolor* y con la *verdad*. Nietzsche entiende aquí por verdad: el *Uno Primordial*, aquella realidad profunda, eternamente contradictoria, que encierra el sin sentido radical.

Veremos entonces que en el mundo trágico hay una justificación y redención del sufrimiento como fenómeno artístico. En el mundo socrático, en cambio, hay una creencia en la superación del dolor mediante el conocimiento científico.

La visión *trágica* es pesimista, pero no es éste un pesimismo de la decadencia, sino de la fuerza, ya que impulsa al hombre a una actividad artística, actividad propia del ser; de ese dios-artista de que nos habla Nietzsche en esta obra. Hay por lo tanto aquí una *manifestación del ser*, pues este pesimismo es una expresión de un exceso de plenitud que lleva al hombre a compartir la actividad propia del dios, mediante el *arte*.

En el mundo socrático, que acabó con la tragedia, hay en cambio un optimismo, entendido como una fe en una razón y una lógica capaces de aniquilar todo sufrimiento y develar todo misterio. Esto produce *un ocultamiento del ser*, el que es para Nietzsche —como ya hemos dicho— eternamente contradictorio y sufriente.

Por primera vez la ciencia misma es planteada como un problema, es decir, como algo cuestionable. Considerada como un síntoma de la vida, la ciencia sería moralmente una cobardía, un engaño, un ocultamiento del ser y un síntoma de decaimiento y vejez.

Nietzsche verá en cambio en el mundo trágico, gracias al arte, un sentido de la “apariencia”. Es el arte un velo de Maya que *no oculta* totalmente la *horrorosa verdad* del sin sentido, sino que lo hace vivible. En cambio, en el mundo socrático, mediante la ciencia, hay un sentido de “realidad”, *un ocultamiento total de la verdad*, de lo Uno Primordial eternamente sufriente y contradictorio.

En el mundo socrático tenemos un *sentido teórico de la vida*, sentido dado por una *valoración moral* de la existencia que más adelante se fundirá con el cristianismo en la identificación de la verdad con el bien: para el cristianismo el bien supremo es Dios.

La visión trágica en cambio nos entregará *un sentido artístico de la vida*, otorgado por una valoración estética, donde la existencia está justificada por el arte.

Ambos sentidos son “creaciones” del hombre, ilusiones con que el hombre se ata a la vida.

Con Sócrates nace el hombre *teórico* y con él esta nueva ilusión, cuya característica central no es ya velar el horror fundamental —como el arte— sino negarlo. Esta ilusión lleva al convencimiento de que se puede llegar a los abismos más profundos del ser y la realidad mediante la lógica dialéctica. Incluso existe una fe total en la capacidad de la razón, no sólo de conocer el ser, sino de corregirlo; superar sus contradicciones y el sufrimiento. Esta ilusión metafísica lleva a la ciencia hasta sus límites, donde se hace patente su insuficiencia y el hombre cae en el nihilismo.

Nietzsche nos propone, en este punto, una vuelta al arte; una nueva valoración: *la valoración estética*. Su metafísica de artista desarrolla una comprensión trágica del mundo, que refleja y expresa su sin sentido radical, ésta se desprende de una nueva valoración, donde la óptica de la vida es el punto central.

Nietzsche contrapone esta valoración estética a la valoración cristiana, que es fundamentalmente moral y ascética y por lo tanto, para él negadora de la vida. “Es el arte y no la moral, ni la ciencia, la actividad propiamente metafísica del hombre”. En él, el ser se manifiesta. El universo justifica su existencia sólo como fenómeno estético; éste es creación de un dios-artista, concebido por Nietzsche cuya única intención al crear universos es experimentar goce y señorío en la creación y en la destrucción más allá del bien y del mal.

Este dios se redime en la “apariencia” —esto es el universo creado por él— de la agonía de sus contradicciones, de su superabundancia y plenitud. El mundo es la salvación alcanzada por el dios. Hay aquí una manifestación del ser: el hombre, mediante el arte y en un proceso de mimesis con la actividad creadora del ser participa de esta redención. Hay una continuación exacta de la actividad de lo Uno Primordial.

Lo esencial de esta metafísica es resistir a la interpretación moral de la existencia, propia del cristianismo. En esta nueva valoración hay un pesimismo que pretende ir “más allá del bien y del mal”, que sitúa a la moral en el mundo de la apariencia y del engaño; una tendencia antimoralista que *contrasta totalmente* con la valoración cristiana, que es y quiere ser exclusivamente *moral*.

Para Nietzsche el cristianismo es la antítesis total de la justificación estética del mundo. El arte, en la visión de Nietzsche, es lo que justifica al hombre y está por sobre el bien y el mal. Así podemos ver que en la tragedia griega las acciones de los hombres, incluso aquellas que van contra las leyes naturales (Edipo y su incesto) son justificadas, mediante el arte, por las acciones de los dioses.

El cristianismo, por ser en esencia sólo moral, niega la vida en todas sus manifestaciones; la vida es voluntad de poder, es agresión, es instinto de destrucción, es decir, la vida es esencialmente *amoral*. El cristianismo se caracteriza fundamentalmente frente a la vida —que es el punto central para Nietzsche— por hostilidad y aversión a la vida misma: “pues toda vida se basa en la apariencia, en el arte, en el engaño, en la óptica, en la necesidad de lo perspectivístico y del error”¹. Ese odio del cristianismo a la vida se lleva a su punto máximo al negar esta vida a tal punto que crea “otra” vida, distinta o “mejor”, para denigrar ésta. Muestra así asco por todo lo sensible y sensual,

¹El Nacimiento de la Tragedia, p. 32.

miedo a la belleza, a los efectos y a la sensualidad, y por sobre todo un peligroso anhelo de hundirse en la nada. Nietzsche condena al cristianismo fundamentalmente por ser *anti-vida*, decadente y dominado por un instinto de destrucción, es decir, por ser una “voluntad de extinción y fin”.

En un instinto de afirmación de la vida, se vuelve Nietzsche contra la moral, e idea una doctrina puramente artística, anticristiana y la bautiza *Dionisiaca*, por ignorar el nombre del anticristo. Su conjunto de valores y su nueva interpretación del mundo involucran la *muerte de Dios*.

I. SIGNIFICADO DE LO DIONISIACO

Intentaremos ahora ahondar en el significado de lo *dionisiaco*. Para Nietzsche lo dionisiaco tiene dos sentidos diferentes. Uno, como *último residuo de lo existente*: fundamento último de la existencia; aquel “dios” del cual él se declara discípulo; espíritu que se manifiesta a través de la tragedia; el ser; lo que existe; la verdad. El otro sentido se refiere al *espíritu capaz de reconocer el carácter trágico de esa realidad fundamental*, anunciado ya en su valoración estética que él llama “anticristiana”. Este espíritu pesimista que mira cara a cara ese fundamento trágico de lo real —dejando de lado el optimismo del espíritu científico— reconoce la incapacidad de corregir el horror de la existencia, pero no plantea una solución utópica a la cual se encamine la existencia humana.

Este espíritu pesimista reconoce *en las contradicciones el motor fundamental de la vida*, no niega la vida —actitud atribuida por Nietzsche a la valoración cristiana— pues deja de lado la existencia de “otro” mundo donde se justifique la vida, y acepta este mundo con su existencia trágica como la única posible. El espíritu dionisiaco es trágico, pero ante la tragedia de la vida hay en él una entusiasta adhesión.

Contrapone al “no” del cristianismo un fervoroso “sí” a la vida.

2. LO APOLÍNEO Y LO DIONISIACO Y SU RELACIÓN CON LO UNO PRIMORDIAL

La interpretación nietzscheana del arte se basa en dos fuerzas fundamentales y contrapuestas, que él llama *apolínea* y *dionisiaca*. Las considera como brotando de la naturaleza misma y revelándose en el arte, ve así al hombre artista como “imitador”. La tragedia griega surge de la síntesis de estas dos tendencias cuya contraposición y alternado predominio determinaría el proceso del desarrollo del arte.

Estas dos tendencias las caracteriza tomando en cuenta su relación con el Uno Primordial: mediante la tendencia dionisiaca accedemos a ese fundamento, es ella la que nos devela el horror de la existencia al fundirnos con la naturaleza y es ella la que mediante el dolor, impulsa a la tendencia apolínea que será la que nos permitirá contemplar el horror del trasfondo de las cosas, bajo el velo de la bella “apariencia”.

La relación del instinto apolíneo con “la verdad de la realidad divina” es de *protección*, no de ocultamiento. Este instinto está regido por el *principio de individuación*, es decir, la conciencia del “yo” opuesta al “no yo”, hay confianza en este principio y en el principio de razón de las formas del conocimiento de la apariencia. Su función será acceder al nivel de realidad del estado onírico para *redimir* nuestra existencia.

El espíritu dionisiaco en cambio es comparable con la embriaguez. Lo dionisiaco se nos aparece entonces como un estado de éxtasis y espanto ante la alteración del principio de razón y de individuación: “Las emociones dionisiacas intensificadas hacen desaparecer lo subjetivo hasta llegar al completo olvido de sí”². Irrumpe en la medida de Apolo el mundo desmesurado de Dioniso desplazando los límites y medidas, sumiéndose el hombre en el olvido de sí mismo para pasar a la experiencia del ser genérico; se borran las diferencias entre los hombres y se produce un estado de armonía cósmica; la naturaleza se reconcilia con el hombre y éste se sumerge en lo Uno Primario. Aquí se encuentra lo más vital del hombre: el hombre, de artista, se ha transformado en obra de arte (de un dios).

La relación entre las energías apolínea y dionisiaca, es la de una objetivación del estado dionisiaco, mediante el influjo apolíneo del sueño en una imagen onírico simbólica: propiamente el *mito trágico*.

Existe una necesidad recíproca de estos dos niveles; sin dolor no hay redención: es la visión redentora generada por el dolor la que permite vivir y querer vivir. Dioniso es el fundamento de lo apolíneo, sólo por la interacción de estos dos niveles se convierte la ruptura del principio de individuación en fenómeno artístico, cuya expresión es el mito trágico. La concepción trágica de mundo contenida en él, es manifestación del ser a través del arte y “redención” en el hombre, ya que el arte es el que hace la vida digna de ser vivida.

3. LA MÚSICA Y EL MITO TRÁGICO COMO FUENTE Y PODER QUE NOS CONECTA CON LA REALIDAD PROFUNDA

Nietzsche ve al espíritu trágico naciendo del espíritu de la música, sólo ésta posee para él una relación íntima con la esencia de las cosas, es ella expresión de la esencia interna del mundo y por lo tanto incitadora de nuestra fantasía. La música actuando sobre la facultad artística apolínea, nos lleva a intuir simbólicamente (en imágenes) la universalidad dionisiaca, es ésta la que posee la capacidad para hacer aparecer el mito, precisamente el *mito trágico*.

Apolo, genio transfigurador del principio de individuación, es el medio para alcanzar la redención en la apariencia.

²N. de la T., p. 44.

Dioniso, ruptura del principio de individuación, es apertura hacia el ser, y hacia el núcleo íntimo de las cosas, su manifestación artística es la música, dando así origen al *mito trágico*.

La relación del hombre con *lo eterno* —uno de los problemas capitales para Nietzsche— está dada a través del *mito*, éste es el único capaz de establecer esta relación necesaria con la eternidad que ata al hombre a la existencia.

Por medio de lo dionisiaco, hay una relación de la tragedia con la vida eterna: al experimentar el espíritu trágico la ruptura de la individuación, se produce una experiencia de la vida eterna más allá de toda apariencia y aniquilación. La muerte del héroe no afecta la vida eterna de la voluntad que hay tras él. El héroe es manifestación del ser en “apariencia”.

En el arte apolíneo, en cambio, se supera el sufrimiento del individuo mediante la glorificación de “la eternidad de la apariencia” quedando borrado el dolor gracias a una mentira.

Por lo tanto, sólo con la tragedia (*mito trágico*) se produce la alegría metafísica y puede el hombre exclamar: “Nosotros creemos en la vida eterna”; en aquello que está detrás de las cosas, en el ser que se manifiesta a través de esta apariencia. Es esta sabiduría la que nos da la música de la tragedia: nos permite llegar a las profundidades del ser a través de la apariencia, pero la vemos como eso; sólo apariencia: imagen simbólica del ser de las cosas, la manifestación del ser eterno, vida eterna.

En el arte dionisiaco la naturaleza nos llama a ser como ella; ser eternos en la creación, que mantiene su eternidad bajo la apariencia siempre diversa.

La música posee el poder de conectarnos con el fundamento de la apariencia, es ella la que da origen al *mito trágico*; este *mito trágico* nos protege de la música, mostrándola como un medio que da vida al mundo plástico del mito. Es el *mito* el que le da a la tragedia la libertad suprema; confiado en el mito —visto aquí como una realidad simbólica que remite a otra, que algo muestra y algo esconde— se puede el hombre entregar a un orgiástico sentimiento de libertad. La música entonces da al *mito* posibilidades metafísicas, al permitirnos acceder al fondo primordial, inalcanzables sin la palabra y la imagen propias del mito. Mediante ellas, tenemos el presentimiento seguro de un placer supremo en una fusión con el todo, posibilitado por la pérdida de la individuación.

La tragedia, por medio del *mito*, hace sentir al hombre con una fuerza capaz de penetrar en lo interior, en la profundidad del ser, y en cuanto a la corriente de pasiones que se le hacen visibles, el hombre se siente capaz de descubrir los más profundos secretos de las emociones inconscientes.

En la tragedia actúan ambos instintos, Apolo y Dioniso; el mito trágico y su héroe son símbolos de hechos universalísimos a los que accedemos sólo por la música, pero lo dionisiaco no basta para acceder al ser, la fuerza apolínea es necesaria para enfrentar ese ser sin triturarse, gracias al bálsamo

saludable del engaño delicioso. Pensamiento y palabra nos salvan de la efusión refrenadora de la voluntad inconsciente.

Existe una interrelación entre Dioniso y Apolo, el primero será el fundamento de la existencia y el segundo, poder de transfiguración; Dioniso se nos muestra como el poder artístico eterno y originario, que hace existir al mundo entero de la apariencia, pero es necesaria la ilusión transfiguradora de Apolo para mantener vivo este mundo animado de la individuación y extinguir la imagen terrible del mundo.

“Dioniso habla el lenguaje de Apolo, pero al final Apolo habla el lenguaje de Dioniso, esta es la meta suprema de la tragedia y del arte en general”³.

El mito trágico sólo resulta inteligible como una representación simbólica de la sabiduría dionisiaca por medios artísticos apolíneos.

4. RELACIÓN ENTRE MITO Y ARTE

Una de las consideraciones más importantes de la visión trágica del mundo es la “Moira”: el destino, que reina como justificación eterna sobre dioses y hombres. Este elemento es importante para la comprensión de la salvación trágica. A través de la tragedia se superan las acciones que transgreden las leyes morales e incluso las leyes naturales. Edipo no deja de ser noble, no peca, aunque haya transgredido estas leyes y esto lo lleve a su propia perdición. El mal aparece aquí con un carácter *cosmológico natural*, es parte del ser, aparece simbolizado en Edipo Rey como invasor, el mal lo avasalla, *no forma parte de su voluntad*: el mal está *ya ahí*.

Nietzsche a través de Edipo nos muestra el efecto mágico y bienhechor que produce el sufrimiento del héroe. Este hombre noble que a pesar de haber transgredido toda ley moral y natural, *no peca*. Su obrar incluso nos introduce en un mundo mágico nuevo a través del sufrimiento: ésta es la visión de la salvación trágica que nos da el poeta como pensador religioso. Los actos del héroe nos hacen acceder a un mundo superior donde todo, la vida en todas sus manifestaciones, es justificada por los dioses: son los héroes los que subliman las acciones de los hombres, es *el destino* el que justifica estas acciones.

En el mito de Prometeo, la humanidad conquista las cosas supremas mediante el *sacrilegio* y debe aceptar por ello el castigo. Los dioses castigan al género humano que noblemente aspira hacia lo alto. Este pensamiento concede *dignidad* al sacrilegio. La justificación del mal humano (la culpa y el sufrimiento causado por ella) es el “pecado activo”, propio de lo varonil, según Nietzsche. El afán heroico del individuo por acceder a lo universal, es el impulso dionisiaco que se hace presente aquí, en un ansia de sobrepasar la

³N. de la T., p. 172.

individuación y querer ser él mismo la esencia única del mundo; el individuo sufre esta contradicción propia de lo Uno, comete sacrilegio y sufre, pero el sacrilegio es necesario para la dignidad del hombre.

Contrasta Nietzsche la visión semítica a la visión trágica a través de la relación entre el hombre y Dios. En el mundo de la tragedia es de mutua dependencia, *el artista* es quien posee el poder de crear hombres y aniquilar dioses, gracias a su sabiduría superior, pero esto debe pagarlo con el precio del sufrimiento eterno. El origen del mal en la visión semítica en cambio es un acto *de voluntad*; curiosidad, engaño, facilidad para dejarse seducir, concupiscencia —cualidades femeninas según Nietzsche—, el “*pecado*”, que no eleva la dignidad del hombre, por el contrario *la rebaja*.

En el *Prometeo* de Esquilo se puede apreciar la dualidad de su naturaleza apolínea y dionisiaca: el afán titánico de elevar a los hombres, nos muestra su máscara dionisiaca y la tendencia a la justicia, la apolínea. Esta unión puede expresarse en la fórmula:

“Todo lo que existe es justo e injusto, y en ambos casos está igualmente justificado”⁴.

Frente a una existencia llena de terrores y espanto, para soportar la vida, el griego “crea” el esplendoroso ensueño de las divinidades olímpicas.

La creación del mundo olímpico procede del mismo impulso que genera el arte: *el impulso a la vida*. Esta es la relación íntima que podemos encontrar entre mito y arte; el arte se ve aquí como una fuerza creadora de mitos y el mito nos brinda una intuición de una universalidad y verdad eterna.

El origen de la necesidad de estos dioses se encuentra en el sufrimiento humano. Son ellos la forma de superar el destino; los dioses justifican la vida humana viviéndola ellos mismos, le dan así un nivel superior, y es el arte el que hace posible esto a través de la tragedia. La voluntad helénica logra esto: una armonía y una unión con la naturaleza que produce ese quedar enredado en la belleza de la apariencia. El arte complementa y consume la existencia y seduce a seguir viviendo; *este es su rol*, ésta es la función metafísica. Este verse a sí mismo de la voluntad griega en una esfera superior de belleza, es el papel que cumplirán los dioses del Olimpo.

Nietzsche ve entonces al mundo como una obra de arte y a nosotros mismos como proyecciones artísticas. *Su metafísica es una estética*: la dignidad del hombre reside en ser obra de arte. *La existencia del mundo se justifica sólo como fenómeno estético*. El propósito de esta obra, creada por un dios-artista, es su propio goce eterno. Nosotros como sujetos cognoscentes no participamos conscientemente de esta creación. Él es creador y espectador único de esta obra de arte. Sin embargo, mediante el arte se fusiona el hombre con el dios, en un acto de procreación al participar de la actividad creadora del dios. En

⁴P. 95.

un acto de mimesis: “ahora también él es a la vez sujeto y objeto, a la vez poeta, actor y espectador”⁵.

Mediante el impulso dionisiaco caen todas las barreras del hombre y este se sume en un sentimiento de unidad, y es este sentimiento de unidad vivido en el éxtasis dionisiaco, el que opera como elemento letárgico, el que lo hace olvidar las penas y horrores de la existencia; la penosa verdad de Sileno: “La vida no merece ser vivida”. Al cesar el influjo, la realidad golpea al hombre como náusea. Aquí vemos el rol salvador del arte, pero tras éste hay un impulso nuevo que lo genera; es la *vida* la que actúa mediante el arte para ganar el hombre para sí.

Sólo el arte es capaz de transformar ese sentimiento de “náusea” sobre lo espantoso y absurdo de la existencia, convirtiéndolo en representaciones con las que se puede vivir: esas representaciones son *lo sublime*; sometimiento artístico de lo espantoso y *lo cómico*, descarga artística de lo absurdo.

Nietzsche nos presenta al arte *no* sólo como una imitación de la realidad natural, sino como un suplemento metafísico de la misma, colocado junto a ella para superarla.

El *mito*, al pertenecer al arte, participa plenamente del propósito metafísico de la transfiguración. El mito muestra esta vida para transfigurarla. Se produce en el mito mediante el arte una manifestación de ser, la realidad se nos revela bajo el velo de la apariencia, lo que hace posible que nos conectemos con ella sin destruirnos. Transforma la “realidad” de ese mundo aparental gracias al velo de Maya, en placer estético.

Así concibe Nietzsche una metafísica del arte: sólo como fenómeno estético se justifica la existencia y el mundo.

Mediante el mito trágico podemos acceder a lo feo y lo desarmónico, como juego artístico que la voluntad juega consigo misma, en la eterna plenitud de su placer, placer primordial incluso en el dolor.

Para Nietzsche un fenómeno eterno se repite en formas diferentes: frente a la aprehensión del horror fundamental del sin sentido la voluntad utiliza medios para amarrar a la vida a sus criaturas produciendo ilusiones.

Hemos visto cómo la cultura trágica a partir de una valoración estética entrega un sentido artístico a la vida, donde el *mito* aparece como vía de acceso al trasfondo de la realidad sin negarla. Su aproximación a esta realidad —desde el punto de vista de Nietzsche— es la más auténtica, ya que produce una manifestación del ser y no un ocultamiento y procede de un instinto de afirmación de vida.

Ante nuestra cultura actual —la de su tiempo— teórica-cristiana, mantiene Nietzsche una posición crítica; esta cultura imbuida del espíritu histórico crítico pretende conocer el mito con abstracciones y racionalismos lógicos, y con ello sólo lo destruye.

⁵P. 67.

Nuestra cultura ha perdido el hogar mítico con el cual interpretar su vida y sus luchas. El mito es lo que da sentido a la vida y así da unidad a un movimiento cultural entero. No hay ley escrita más poderosa que el fundamento mítico con el cual la cultura se conecta con *el ser, con lo eterno*.

El valor de un pueblo —nos dice Nietzsche— se mide por la forma en que relaciona su ser efímero con la eternidad.

Un pueblo que se concibe en forma mítica, se desmundaniza, en él el tiempo se relativiza y llega a poseer una convicción íntima del significado verdadero, metafísico de la vida. Por el contrario un pueblo al concebirse de un modo histórico y al abandonar el mito, se mundaniza; se produce una pérdida de conexión con lo eterno, un quiebre con la metafísica inconsciente de su ser anterior y se rompe el sentido.

En *El Nacimiento de la Tragedia* Nietzsche sostiene que existe una lucha eterna entre la consideración teórica y la consideración trágica del mundo, y que el sentido teórico al ser llevado hasta sus límites y así anulada su pretensión de validez universal, dará origen a un renacimiento de la tragedia.

Más adelante en su obra, esta nueva valoración estética, que él anuncia, dará origen a un nuevo sentido, que no será propiamente el trágico que hemos visto aquí, sino un “sentido de la tierra” donde a nuestro juicio intentará revitalizar el mito. Esta vez será el Mito del Eterno Retorno que unificará sus consideraciones posteriores acerca de “la muerte de Dios”, el desenmascaramiento de los valores ascéticos, la voluntad de poder y el superhombre, en un intento de una nueva “creación” humana que nos ligue a la vida y a la eternidad.

ABSTRACT

For Nietzsche, man is fundamentally a creator of values. The present work intends to show that for the German Thinker, Myth, which expresses an aesthetic appraisal of the world, appears as the most authentic unveiler of profound reality and its background. At the same time he tries to show how this aesthetic appraisal gives origin to his artistic metaphysics.